

DIEZ Y SEIS AÑOS EN SIBERIA

CAPÍTULO XX

De Krasnoyarsk á Irkoutsk.—Inútil conflicto.—Las mujeres mártires en la prisión de Irkoutsk

La distancia entre Tomsk y Krasnoyarsk es cerca de quinientas *verstas*; se necesitaba un mes para recorrerla: veinte días de marcha y diez de reposo. Debíamos detenernos en Krasnoyarsk una semana; los condenados de derecho común fueron encerrados en la cárcel de deportados y nosotros en la de la ciudad.

Nos llamaron la atención al llegar el orden y la limpieza que reinaban: era un edificio grande, fresco, recién pintado; por todas partes aire y luz, á pesar de las ventanas enrejadas. Se podía hacer la ilusión de estar en un buen hotel en el Sur, y en la misma Rusia no había visto yo jamás una prisión parecida á ésta. Penetramos en los corredores, y allí nuestra impresión fué atenuada con la vista de las celdas, que tenían escritas sobre las puertas las palabras siguientes: «Por muerte», «Por vagabundaje», «Por robo».

El director, hombre de aspecto imponente, vino bien pronto y nos comunicó que se nos iba á encerrar en celdas por categorías: forzados, desterrados, administrativos y presos políticos, conforme al reglamento de la casa. Le dijimos que la separación nos trastornaba, porque en los dos meses de viaje teníamos en común nuestro equipaje y nuestro dinero. Estábamos de camino y, por consecuencia, no teníamos que someternos á los reglamentos de la prisión, que estaban hechos para los detenidos y los criminales de derecho común. No era culpa nuestra si en vez de llevarnos á una casa de deportación se nos encerraba aquí. En una palabra, nosotros queríamos, como habíamos hecho en otras prisiones, escoger las celdas que nos convinieran. Se podía encerrarnos bajo llave de noche, pero no durante el día, porque era contrario á la instrucción general.

Este lenguaje le pareció nuevo al director, quedó sorprendido y nos declaró que de ninguna manera podía soportar parecida infracción al reglamento. Rehusamos instalarnos en las celdas y quedamos en el corredor con los sacos y bagajes.

El jefe de policía fué llamado: era un tipo á lo *Falstaff* y bastante ignorante, como pudimos comprender. Nos amonestó á conformarnos en todo con el reglamento, y le dimos la misma respuesta que al director, invocando nuestro derecho. Como en nuestra conversación con él pronunciara una dama la palabra *humanidad*, le pareció al conductor de postas que no sabía si la palabra *mal tono* era peor que la de *bribón*; nuestro hombre quedó un poco descontento y quiso saber si la palabra *humanidad* encerraba alguna injuria, y nos exigió explicaciones. Podíamos apenas reprimir la risa. El resultado fué que el alto

dignatario se decidió á apelar á una jurisdicción superior, es decir, al gobernador. Después aparecieron sucesivamente el coronel de gendarmería y el procurador, á los cuales les expusimos nuestras razones, y no encontraron ningún argumento que oponer.

Parlamentamos así largo tiempo, acampados, siempre en el corredor, sin poner en orden nuestros equipajes ni preparar la comida, á pesar del hambre que nos agujoneaba.

En fin, los empleados de la prisión, en espera de la decisión del gobernador, consintieron en dejarnos tomar las disposiciones que nos plugieran. Habíamos obtenido lo que deseábamos.

A la mañana siguiente, cuando íbamos á almorzar, el jefe de policía hizo su aparición de gran uniforme y el sombrero en la cabeza.

—Señores—comenzó á decir con aire solemne, —os traigo la decisión del gobernador.

Pero fué interrumpido por nuestro representante Lazareff, que le hizo observar que debía, ante todo, quitarse el sombrero.

—Observad, señores, que estoy de gran uniforme y que mi sombrero hace parte de él; yo no me lo puedo quitar—balbuceó confuso por la atrevida observación que escuchaba por primera vez.

—No nos importa su uniforme; cada vez que usted entre en nuestras habitaciones, tiene el deber de descubrirse—replicó Lazareff con aire tranquilo.

—No, yo no haré eso; es demasiado exigir; no me descubriré—respondió el hombre.

—Como usted quiera; pero en ese caso nosotros no recibiremos ninguna comunicación del gobernador—replicó Lazareff.

El hombre del sombrero dudó todavía un poco

y por último descubrió su noble frente para declararnos con el tono más ceremonioso que el gobernador se había dignado acoger nuestra demanda.

No fué esta la primera ni la última vez que tuvimos que dar lecciones de cortesía á los funcionarios de las prisiones.

En Krasnoyarsk dos de nuestros compañeros de miseria se separaron de nosotros: el veterinario Snigirrioff y el estudiante Korniencko, que debían quedar en el gobierno de Ienissei.

Spandoni había caído enfermo y quedó también en la prisión de Krasnoyarsk. No éramos más que once en nuestro grupo.

De Krasnoyarsk á Irkoustk hicimos mil *vershtas* en dos meses. Sobre este largo camino no había entonces más que una sola villa, Nijni-Udinsk, y apenas merecía este nombre.

En Nijni-Udinsk encontramos dos compañeros, los esposos Novakovski, que estaban también en camino para la Siberia Oriental.

Había conocido á Novakovski en Kiew. Tomó en 1876 parte en la manifestación que se había hecho en Petersburgo sobre la plaza de Kazan, y había sido preso y desterrado á la Siberia. Por la gracia de la coronación de 1883 lo habían trasladado de Balagansk, en el gobierno de Irkoustk, á Miniussinsk, en el gobierno de Ienissei. Ahora iban de nuevo deportados él y su mujer á la Siberia Oriental á causa del acontecimiento siguiente:

Por un motivo insignificante, Novakovski tuvo una discusión con el subprefecto. Un día uno de los desterrados políticos tuvo un asunto con este funcionario, que le tomó por Novakovski y le recibió con palabras injuriosas. Así que conoció su equivocación se excusó, pero el hecho llegó á

oídos del interesado y su mujer, que le acompañaba voluntariamente al destierro. Los deportados tuvieron consejo durante algunos días para decidir lo que debían hacer, pero la señora Novakovski resolvió el asunto sola. Un día entró en el despacho del funcionario y le dió un par de sonoras bofetadas, diciéndole:

—De parte de mi marido.

La justicia la condenó á deportación en Siberia, y esta vez era el marido el que la acompañaba voluntario.

La señora Novakovski era una mujer inteligente y valerosa, de un temperamento vivo y resuelto. Los dos esposos, según me han dicho, han muerto en Siberia.

Nuestro viaje continuó en la misma forma, pero la vigilancia era cada día menos severa; acabamos por desembarazarnos de las cadenas sin que nadie prestase atención, y no tuvimos que sufrir la humillación de afeitarnos la cabeza.

*
* *

Esperaba con impaciencia la llegada á Irkoustk para encontrar á una amiga de los primeros tiempos, María Kowalewskaja, que no había visto desde algunos años. Nos conocimos en 1875, perteneciéndonos los dos á la asociación de los *Buntari*, y nos tuteábamos, como era entonces costumbre general entre los revolucionarios. Ella era hija de un propietario llamado Woronzof, y estaba casada con Kowaleswky, profesor de gimnasia militar. En 1874 había resuelto afiliarse al partido revolucionario; dejó á su marido y á su hija y se lanzó en cuerpo y alma al partido de la agitación. Era de pequeña estatura, tenía algo de gitana en

la fisonomía, extraordinariamente viva, enérgica, de espíritu penetrante, de una lógica poderosa y una elocuencia arrebatadora. Se distinguía sobre todo en los debates teóricos, porque sabía á maravilla resumir una cuestión sin ofender la vanidad de nadie; era muy estimada, y hasta los mismos enemigos de las ideas socialistas apreciaban sus grandes facultades.

Si esta mujer hubiera nacido en otro país, hubiera representado un papel histórico importante; en Rusia fué condenada á catorce años y diez meses de trabajos forzados, por haberla encontrado en una casa donde los revolucionarios habían resistido á mano armada á los gendarmes. Por su violencia en el curso de la instrucción, como más tarde en Kara y Siberia, María Kowalewskaja era una de las personas de más viso en los círculos revolucionarios.

En la cárcel, donde día por día había sido testigo de los abusos de los funcionarios, su energía causaba en ellos tal impresión, que esta mujer fué la defensora más intrépida del honor y la dignidad de los otros prisioneros. Lo mismo por un detalle de gran importancia que por una simple falta; por un abuso cometido por altos funcionarios ó por el último de los subalternos, ella protestaba enérgicamente, sin preocuparse de las consecuencias. Tenía una influencia grande en la prisión; su táctica consistía en emplear los medios más enérgicos y los más radicales para obtener satisfacción y oponer la violencia á la violencia. Aconsejaba siempre ultrajar á los funcionarios, romper las ventanas y los muebles. Estaba por los medios extremos y llegaba en sus procedimientos de combate hasta rechazar el alimento. Había sido causa de un número considerable de conflic-

tos, y uno de ellos, en la prisión de Kara, dió por resultado encerrarla á ella y tres de sus compañeros en los calabozos de Irkurstk. Allí rehusaron tomar alimento durante varios días, hasta que el médico de la prisión declaró que estaban á punto de morir y el gobernador tuvo que ceder. Así la Kowalewskaja obtuvo para sus compañeros, en cuyo provecho se sacrificaba, lo que exigía.

*
* *

Llegamos, por fin, á Irkurstk, la capital de la Siberia, en la segunda quincena de Septiembre. Nos encerraron en la prisión de la ciudad, que, como la de Kiew, es célebre por las tentativas de evasión de los prisioneros políticos. Se nos dió á los hombres una celda común y otra á las mujeres.

Apenas se había cerrado la puerta tras de nosotros, me salí á la ventana y llamé en alta voz á María Kowalewskaja; me respondió inmediatamente, y conversamos hasta una hora avanzada de la noche.

Durante los ocho días que descansó allí nuestro destacamento, tuve ocasión de verla y de pasear con ella. Los largos años de separación no habían disminuido nuestra amistad; al contrario, nuestra simpatía recíproca se reveló al primer golpe de vista. Nos entendimos como viejos camaradas, sin importarnos las bromas de los otros.

Los padecimientos que ella había sufrido despertaron en mí una profunda piedad. La protesta por el hambre á que se había sometido poco tiempo antes, le dejó una palidez casi cadavérica, pero su espíritu era siempre el mismo: era siempre la misma naturaleza batalladora y enérgica,

que no retrocedía ante ningún obstáculo. Hasta los empleados de la prisión no podían sustraerse al encanto que emanaba de ella, y se veían obligados á hacer justicia á la elevación de su espíritu y la rectitud de sus sentimientos. Teníamos mil cosas que decirnos, y estaba sorprendido de ver cómo su inteligencia había continuado tan viva y tan clara, á pesar de los padecimientos y privaciones sufridos. Estaba ávida de conocer todo lo relativo á la vida pública de Rusia y de la Europa Occidental; durante tres días seguidos le expuse la situación de los obreros y mis impresiones personales, pero se interesaba más vivamente por los otros pueblos y mostraba poca simpatía por la Rusia: no conservaba sus primeras ideas respecto al partido revolucionario; su temperamento, enemigo de toda disciplina, no conocía otro medio que la revolución contra el gobierno.

Sus tres amigas eran también personalidades de gran valor. Tuve ocasión de hablar con ellas y de saber ciertos detalles de su pasado revolucionario.

Sofía Bogomoletz, hija de un rico propietario del museo de Poltava, había seguido los cursos en un liceo de señoritas y después en la escuela de Medicina de Petersburgo. Terminada su carrera se casó con un médico, pero como María, abandonó á su familia, su marido y su hijito para dedicarse á la causa revolucionaria. En 1880 fué presa como miembro de la asociación de trabajadores «Pequeños rusos» y condenada á diez años de trabajos forzados. Hizo una tentativa de evasión que le valió cinco años más, y aun esta pena se aumentó con otro año á causa de una discusión con un alto empleado de la cárcel. Por último, se la había clasificado en el número

de los prisioneros que se han de vigilar especialmente.

Era también por su temperamento aficionada á las ideas de violencia, y durante su prisión hizo guerra á muerte á los funcionarios de todas clases. Iba más lejos que su amiga María, porque en tanto que ésta sólo reprochaba á los funcionarios sus abusos, sus faltas ó sus prevaricaciones, Sofía los miraba como enemigos personales. No obedecerlos en nada era para ella un principio absoluto. No sufría ningún registro personal, que consideraba ultrajante para su dignidad, y no había razones de salud que la convencieran; hubiera muerto antes de capitular. Los carceleros temblaban delante de ella, porque se daban cuenta de que ninguna pena disciplinaria ejercía acción sobre su energía.

La historia de la tercera prisionera es la siguiente:

En la primavera de 1878 había robado en el despacho de la administración de Negocios de Kherson la suma de 1.500.000 rublos, haciendo un agujero á través del muro de una casa contigua. La policía descubrió el mismo día en el campo á una dama conduciendo una carreta de aldeanos, sobre la cual iban dos sacos que despertaron sus sospechas. La mujer fué reconocida por esposa de un propietario de la vecindad llamado Ellen Rossikova, y los sacos contenían un millón de rublos. Al mismo tiempo que ella fué arrestada otra mujer que tenía parte en el robo, y á causa de sus revelaciones se descubrió el resto del dinero, á excepción de una suma de 10.000 rublos. La instrucción demostró que todo el negocio había sido dirigido y organizado por la señora Rossikova. Su idea, al robar la caja del Estado,

era emplear el dinero en provecho de los revolucionarios.

Numerosas personas comprometidas fueron juzgadas, y ella misma, en calidad de organizadora de este complot, sufrió la condena de trabajos forzados á perpetuidad.

Sostenía también una lucha encarnizada contra los empleados de las prisiones y no se dejaba intimidar por nada.

La cuarta de estas mártires era María Kutitonskaia. Se había educado en el Instituto de señoritas de Odesa y muy joven se alistó en las filas revolucionarias. En 1879 fué condenada á cuatro años de trabajos forzados, como partícipe de las ideas de Lisogub y de Tchubaroff y enviada á Kara. Una vez cumplida su pena se internó en la región de Akscha, en el Transbaikal, pero no había tardado en ser vuelta á la prisión. Los funcionarios de Kara habían maltratado á los prisioneros enfermos, como diré más adelante, y ella resolvió vengarse del gobernador, responsable de esta iniquidad. Le disparó un tiro, pero lo había errado, y el consejo de guerra la condenó á muerte, conmutándole luego la pena por trabajos forzados durante toda su vida.

Era una joven admirablemente hermosa, de cabellos rubios y facciones simpáticas. Bastaba verla para ser conquistado por ella.

Después de su atentado contra el tirano, fué sometida á los tratos más crueles é inhumanos. Se la arrojó en un calabozo húmedo y sombrío y se le dió por todo alimento pan y agua. Los prisioneros de derecho común que estaban en la prisión la miraban como á una divinidad, y aun á riesgo de exponerse á algún severo castigo le hacían pasar alimentos y le prestaban mil servi-

cios. Sin su socorro no hubiera tardado en sucumbir. Los prisioneros habían hecho sufrir á su nombre una ligera variación, y en lugar de Kutitonskaia, la llamaban Kupidonskaia: habían así, sin darse cuenta, traducido de una manera exacta la impresión de belleza que producía esta admirable criatura. Pero la larga cautividad acabó con sus fuerzas y murió en 1887 á consecuencia de una enfermedad al pecho.

CAPÍTULO XXI

Una lección al jefe de policía.—Encuentro con compañeros deportados.—De Irkoutsk á Kara.—Cadenas robadas.— Todavía un conflicto.—Llegada á Kara.

Lo que nos contaban estas mujeres nos indignó. ¡Qué bajeza de espíritu entre sus tiranos para recurrir á tan mezquinas persecuciones! Durante el tiempo de su protesta por el hambre, se las había encerrado en un calabozo cuyas ventanas no tenían ningún vidrio, con el frío glacial de la Siberia.

Era milagro que hubieran podido resistir á tantos sufrimientos. Todo eso no había hecho más que excitar nuestro odio contra el jefe de policía, instigador de tales villanías, y ardíamos en deseos de manifestarle nuestro desprecio.

La ocasión no se hizo esperar. Un alto funcionario de Petersburgo hacía un viaje de inspección por la Siberia y vino un día á visitar nuestras celdas seguido de un largo séquito, entre el cual se contaba el jefe de policía. Apenas entró, Lazareff se dirigió á él diciéndole:

—Estamos verdaderamente sorprendidos de su desvergüenza. ¿Cómo osa usted presentarse delante de nosotros, después de haber obligado á

nuestras compañeras á recurrir á la protesta por el hambre?

Todos se apresuraron á ganar la puerta, seguidos de nuestras imprecaciones contra el malhechor.

Este acontecimiento no tuvo consecuencias, y nuestras amigas se regocijaron al saber la humillación que habíamos infligido á su verdugo.

Tuvimos numerosos detalles sobre las condiciones de existencia en Kara por otro camarada que nos habló de esta prisión por experiencia personal. Se llamaba Fernando Lustig, había sido oficial de artillería y después estudiante en el Instituto tecnológico de Petersburgo.

En el curso del proceso Suchanoff y Michailoff, en 1882, fué condenado á cuatro años de trabajos forzados. Después de haber purgado su pena en Kara, era de nuevo deportado. Lo que nos contó era espantosamente triste; el régimen era cruel, y el comandante de la prisión, capitán de gendarmería Nikolin, gozaba de una reputación detestable.

Cuatro solos hicimos este viaje: María Kowalewskaja, Tschuikoff, Lazareff y yo. Los otros siete fueron enviados á diferentes localidades del gobierno de Irkoutsk, y sólo el joven Rubinok, de edad de diez y nueve años, fué conducido al Norte, al desierto de los Yakoutes.

Partimos á fines de Septiembre con un destacamento de criminales de derecho común. Teníamos cerca de doscientas *verstas* que recorrer hasta Kara, y el trayecto duraría dos meses. Como se sabe, el frío se hace sentir en Siberia más que en todos los países de Europa y en la misma Rusia, aunque tengan igual latitud, y habíamos de hacer todo el viaje en invierno. El último barco de vapor de la estación debía salir dentro de dos días

de Listviniijnaya, sobre el lago Baikal, y era preciso llegar á toda prisa, sin lo cual pasaríamos todo el invierno en la prisión de Irkoutsk.

El lago Baikal se mostró bastante clemente con nosotros, aunque, generalmente, las tormentas de invierno constituyen un serio peligro para la navegación. Se ha dicho que las orillas de este lago pueden rivalizar con las de Suiza: yo no deseo hacer su comparación, pero debo confesar que sus admirables montañas dejaron en mi espíritu una impresión inolvidable.

Debíamos pasar la noche en Mysowaja, sobre la otra orilla. Se habían ya cerrado nuestras celdas cuando rechinó de nuevo la llave y el carcelero introdujo á una joven que se precipitó en mis brazos.

—¡Sofía! —grité alegre y sorprendido al reconocerla.

Era Sofía Yvanova, una buena camarada que no había visto durante seis años. Lo mismo que Sofía Perovskaja, Wera Figner y otras terroristas célebres, Sofía Yvanova se había afiliado al nuevo partido de la «Narodnaja Volja» durante el otoño de 1879, después de la disolución de «Tierra y Libertad». Fué la época en que hice conocimiento con ella y con otras mujeres terroristas. Poco tiempo después, en Enero de 1880, había ella llegado á Petersburgo. Trabajaba con varios compañeros en la tipografía clandestina donde se imprimía el órgano intitolado *Narodnaja Volja*. En el momento del arresto habían opuesto una resistencia á mano armada, en la que Sofía tomó parte activa. Por este hecho fué condenada á cuatro años de servidumbre penal. Ahora, al terminar su condena, se la enviaba desterrada á un gobierno del Oeste.

Sentimos gran alegría al encontrarnos, pero duró poco; el barco iba á partir, y nuestra amiga no podía faltar. Nos contamos apresuradamente lo que nos había sucedido y lo que sabíamos de nuestros amigos y compañeros comunes. Después tuvimos que separarnos, y no nos hemos vuelto á ver más. Sé sólo que Sofia continúa todavía en Siberia.

Poco después llegamos á Verkhni-Udinsk, la primera ciudad de la otra orilla del Baikal. Como en casi toda la Siberia, las prisiones estaban llenas, y no había sitio para nosotros, los *políticos*.

El sargento (en el camino de Baikal son sargentos, y no oficiales, los que conducen á los prisioneros) nos llevó á la oficina de policía. Como era demasiado tarde, todo estaba cerrado y no había ningún empleado. El sargento se calentaba la cabeza para resolver el problema.

Nos dejó en la portería con todas las puertas y ventanas abiertas, y se marchó. Quedamos admirados de la manera que tenía de resolver la dificultad.

Pero nuestro hombre sabía bien lo que se hacía. ¿Podíamos alejarnos sin ser notados? Y después, ¿dónde ir? Era fácil evadirse de la prisión, mas casi imposible continuar el camino.

Elisaweth Kowalskaia se había escapado no una vez, sino dos, de la prisión de Irkoutsk, pero no había podido salir de la ciudad. Le fué imposible ocultarse en una ciudad relativamente grande, con el dinero y las amistades que allí tenía: todo proyecto de fuga debía ser más irrealizable en un lugar como Verkhni Udinsk, donde todos los habitantes se conocían, y sobre todo para nosotros, que no contábamos con recursos pecuniarios. Pero teníamos una extraña impresión al

sentirnos libres, sin ninguna vigilancia, y, sin embargo, prisioneros. Estábamos casi furiosos contra aquel hombre que nos exponía así á las seducciones de la libertad.

Encontramos aquí un compañero que volvía de Kara, después de haber cumplido su tiempo de deportación: era Steblin Kamenski, al que su mujer acompañaba voluntariamente. Habían llegado tarde para tomar el vapor y tenían que esperar que el lago fuese practicable de nuevo, es decir, tres ó cuatro meses.

Durante los dos días que pasamos en esta ciudad, Kamenski y yo tuvimos muchas cosas que contarnos, y me refirió su existencia en Kara. Era un excelente narrador, y trazaba, hasta con los menores detalles, la vida de nuestros camaradas, cuya existencia era terriblemente dura bajo la tiranía de un director de prisiones desprovisto de toda humanidad.

Kamenski nos pintó también al capitán Nikolin, presentándolo como un individuo malo, ruin, bajo, que no perdonaba medio de infligir á sus prisioneros todas las humillaciones.

Habíamos conocido allí camaradas que venían de Kara, y la impresión que producían sobre nosotros era penosa.

Los largos años de prisión habían marcado sobre ellos sus huellas; su voz era opaca, y una expresión de agonía se extendía sobre su semblante; la mayoría de entre ellos estaban calvos, á pesar de ser jóvenes que apenas llegaban á los treinta años, pero salvo raras excepciones, no estaban ni desalentados ni deprimidos moralmente. Muy pocos de entre ellos podían tener confianza en el porvenir. Tenían ante sí la perspectiva de largos años de destierro, vegetando en algún rin-

cón perdido de la Siberia, expuestos á todas las privaciones. Muchos tenían derecho á preguntarse si la suerte que les estaba reservada no era más lamentable que la prisión.

Pero en fin, tenían al menos apariencia de libertad. Libertad bien problemática, porque en calidad de deportados estaban sometidos á mil vejaciones imprevistas, pero esta apariencia de libertad les seducía.

He conocido á uno solo que consideraba el porvenir con confianza, aunque estaba destinado al país de los Yakoutes, región la más espantosa de la Siberia. Era Ivan Kacshintsev, de veinticinco años de edad, desbordante de juventud y vida. Me dijo un día que él buscaría el modo de fugarse por todos los medios posibles, y en efecto, lo he encontrado después en el extranjero.

Antes que los prisioneros llegasen al lugar de su destino, mil nuevos obstáculos se levantaban cada día delante de ellos; nosotros, los que íbamos á Kara, marchábamos á paso de caracol, pero mucho más de prisa que los que restaban en esta localidad. En cada estación de etapa tenían que esperar el paso de un convoy para ir más lejos, y con frecuencia esto duraba semanas. Apenas hacían cinco *verstas* diarias, y como el trayecto que habían de recorrer contaba varios centenares y hasta miles de *verstas*, su viaje debía durar muchos meses.

Estos encuentros con los compañeros de Kara despertaban en mí la idea del porvenir. ¿Cuál sería mi estado de espíritu cuando después de largos años pasase por este mismo camino? ¡Acaso no lo recorrería más!

*
**

Un día me encontré víctima de un robo; me quitaron un saco con los objetos personales del equipaje dados por la administración, y entre ellos mis cadenas; era preciso darle parte al oficial, y no podía decirle que me habían quitado las cadenas de los pies.

Quedé sorprendido de ver que el oficial tomaba la cosa alegremente y se reía.

—¿Qué voy á hacer sin mis cadenas?—le pregunté.—Cuando llegue á Kara será preciso que las presente.

—Buscaremos otras—replicó.—Espere usted un momento; yo creo que se podrán encontrar en alguna parte.

Dió orden al sargento de buscarme unas, y al cabo de un rato apareció con un par de cadenas nuevas.

—Ahora tenga usted cuidado de que no se las roben—dijo el oficial cuando me vió colocarlas en mi equipaje.

Se ve por este ejemplo que nuestras relaciones con los vigilantes eran cada día menos duras y casi familiares.

Se había desencadenado el invierno, un invierno siberiano con todos sus rigores. Franqueábamos la cadena de los montes Yablonovoi y nos aproximábamos á Tschita, la capital del Transbaikal. En la última estación antes de esta ciudad notamos una agitación desacostumbrada entre los prisioneros de derecho común; los sargentos y los soldados vigilaban toda la noche. Nos preguntábamos en vano qué podría suceder. Hasta el día siguiente no se nos reveló el enigma.

Aunque la distancia de esta estación á Tschita fuese considerable, cerca de cuarenta y cinco *verstas*, no se emprendió el camino hasta muy tarde.

Quince ó veinte *verstas* antes de la ciudad, á cierta distancia del camino, había una granja aislada, donde vivía un hombre conocido como *decabriste*. Los *decabristes* eran los revolucionarios que habían asistido á la revuelta de 1825, en el instante del advenimiento de Nicolás I al trono.

Nuestro convoy se detuvo en la granja. Una habitación especial nos fué señalada á los políticos, y bien pronto el dueño vino á hacernos una visita. Era un viejo de aspecto respetable y digno; se presentó á nosotros como el *decabriste* Karovaiev. Según contaba, había servido en la guardia, tomó parte en la revuelta de 1825 y lo desterraron á Siberia. Tenía ochenta años, aunque no representaba más que sesenta y cinco. Se mostró muy contento de poder servirnos y no aceptó el dinero que le quisimos dar. Durante este tiempo, en las piezas vecinas y los corredores había gran fiesta y algazara. Prisioneros y soldados comían y bebían con excelente buen humor.

Se había hecho ya de noche cuando nuestro destacamento llegó delante de la puerta de la prisión de Karovaiev. Tuvimos que discutir con el director, que nos dió una celda tan mala que era imposible pasar la noche en ella. Después de nuestras protestas logramos un albergue mejor.

Cuando al otro día nos pusimos en marcha, se descubrió que la mayoría de los prisioneros de derecho común no llevaban el equipo que les había dado la administración. Tuvimos la explicación de lo que había pasado la noche precedente en casa del *decabriste*. El honrado y hospitalario Karovaiev se había entendido con los soldados y los prisioneros del convoy para darles agudiente á cambio de vestidos y botas, comprándolos así por casi nada.

Para que no se apercibieran de la falta de los objetos á la llegada á Tschita, se arreglaron de modo que llegamos de noche, y así la inspección se hizo á la ligera y no constaba la desaparición de los efectos.

El honrado Karovaiev no se había establecido sin un motivo serio en esta región aislada. La aventura tuvo consecuencias bastante penosas para los prisioneros. Se les dieron palos en proporción de los objetos que les faltaban, y después fueron equipados de nuevo.

En Tschita nos separamos de nuestro querido Lazareff, que debía ser internado, y los tres prisioneros restantes resolvimos hacer en esta ciudad larga estancia.

Desde nuestra salida de Irkoutsk habíamos pasado seis semanas en camino y estábamos cansadísimos. No teníamos prisa en llegar al lugar del destino, donde largos años de prisión nos aguardaban. Sabíamos que un gran número de camaradas estaban internados en Tschita y queríamos conocerlos, en tanto que rompíamos definitivamente toda relación con el mundo exterior y las puertas de la cárcel se cerraban sobre nosotros.

Nos fuimos enfermos y el médico consintió en suspender nuestro viaje hasta el próximo convoy, que debía llegar dos semanas más tarde. Nuestros compañeros nos hacían frecuentes visitas, es decir, venían á la puerta de la prisión mientras nosotros estábamos en el patio.

La nueva más interesante que supimos fué la del viaje hecho á Siberia por el escritor americano Jorge Kernnan, que volvía de Kara, y nuestros amigos nos hablaban muy bien de este excelente hombre.

Continuamos el camino en los últimos días de Noviembre en compañía de un destacamento de familias, esto es, los prisioneros que formaban el convoy no eran sólo hombres, sino mujeres y niños que les acompañaban al destierro.

Era un invierno en que la nieve era bastante rara y no se necesitaba trineo; pero las carretas de dos ruedas constituían un martirio insoportable.

El frío era de día en día más cruel; estábamos materialmente helados, aunque llevábamos encima toda la ropa de que podíamos disponer y apenas lográbamos movernos. El solo medio de entrar en calor era bajar de los coches y hacer un largo trayecto á pie. Los desdichados niños que acompañaban á sus padres debían sufrir todos los horrores de este clima siberiano.

Todos los días esperábamos con impaciencia la próxima etapa para calentarnos un poco, pero todas las estaciones estaban en estado lamentable con frecuencia. No se habían calentado en largo tiempo, y los prisioneros, tiritando hasta los huesos, medio muertos de frío, debían coger leña para encender el fogón, y medio dormidos, por lo general, hacían un humo insoportable.

Algunas veces nos encerraban á los políticos en una choza de aldeanos, lo que era una verdadera alegría, porque estas chozas, por miserables que fuesen, nos parecían muy confortables comparadas con las estaciones de las etapas.

Como he hecho notar, nuestras relaciones con los soldados de guardia se habían modificado notablemente y no teníamos cuestiones de disciplina. Pero, por extraño contraste, los soldados se permitían toda clase de malos tratos con los prisioneros de derecho común, y algunas veces su brutalidad no conocía límites.

Un día en que íbamos hacia la ciudad de Nertschinsk, vi que un soldado joven maltrataba de una manera bárbara á un pobre diablo de prisionero y le descargaba culatazos porque quería montar en el furgón de equipajes. Intervine y supe que el origen de la cuestión era que el soldado quería también montar en el vehículo y el prisionero trataba de impedirlo. Me dirigí al sargento y le declaré que daría queja por su falta de severidad con los subordinados.

Al día siguiente, cuando cruzábamos la ciudad, entré en una tienda para hacer varias compras, pero el soldado de la víspera, que iba detrás de mí, me gritó:

—¿Dónde va usted? ¿Qué va usted á hacer?

Le dije que gritase, é hice mis compras. El sargento estaba ausente; había entrado á beber con varios amigos y no lo vimos hasta la entrada de la prisión.

Quedé no poco sorprendido cuando el director me participó que el sargento había presentado queja contra mí por insultos á un soldado de guardia y por haber abandonado la colonia. El ruin quería, sin duda, adelantarse á la queja que le anuncié el día antes. Indignado de su conducta, redacté una acusación por escrito, y mi actitud decidida dió por resultado obligar al sargento á presentarme sus excusas ante varios testigos y uno y otro retiramos nuestras quejas.

En Nertschinsk, Tschuikoff, fuimos encerrados en una prisión de hombres, y se señaló una celda aparte á María Kalyushnaya. No olvidaré jamás la viva impresión que experimenté en esta cárcel. Una fila de celdas daba sobre un corredor débilmente iluminado; era tarde y los presos estaban ya acostados los unos contra otros, no sólo en los

lechos, sino hasta en el suelo, y era imposible encontrar puesto; llevaban camisa y pantalón, algunos sólo la camisa. Para llegar á la celda de los *privilegiados* tuvimos que pasar por encima de ellos.

Un olor insoportable infestaba la atmósfera, no sólo de la transpiración de tantas criaturas humanas, sino de los excrementos que llenaban las cubetas y se desparramaban por el suelo á su alrededor, llegando hasta los pies de los presos tendidos por tierra en apretado haz.

Sobre algunos lechos y rincones, jugadores de cartas se entregaban á su pasión favorita, indiferentes á todo lo que pasaba alrededor de ellos. Aunque la mayoría de los prisioneros parecían dormir, un ruido sordo se escuchaba en todas las estancias. El infierno de Dante no puede ofrecer cuadro más espantoso y repugnante.

La celda de los *privilegiados* estaba llena también; encontramos dos compañeros llegados de Kara, Tschekoize y Zuckermann; estaban sentados en el suelo y á duras penas pudimos encontrar sitio cerca de ellos. Conocía á Zuckermann: era tipógrafo, y hacia 1878 vino á pie de Berlín á Suiza, donde habíamos sostenido relaciones. Dejó luego á Suiza y fué á imprimir la *Narodnaja Volja*. Cuando la invasión en la imprenta, hizo en compañía de Sofía Yvanoff y de algunos otros resistencia á mano armada, y su actitud en el curso del proceso fue heroica. Para librar á sus compañeros, reivindicó para él sólo todas las responsabilidades, afirmando que había disparado el primer tiro contra la gendarmería. Condenado á ocho años de trabajos forzados, lo enviaron á Kara y fué el niño mimado de la prisión. Siempre alegre y de buen humor, esparcía el contento en torno

suyo; con un desinterés absoluto, estaba siempre pronto á sacrificarse por los demás; hasta en esta espantosa prisión hablaba y reía de continuo. Nos hacía alegremente un cuadro encantador de la vida que se daría en el país de los Yakoutes, donde estaba destinado. Por desgracia, la realidad fué otra, y nuestro pobre amigo vió abandonarlo su excelente humor, y no pudiendo soportar la soledad y las privaciones, acabó por suicidarse.

A Tschekoidze no lo conocía, pero teníamos numerosos amigos comunes. De origen cáucásico, había sufrido con éxito el examen de oficial de artillería en Petersburgo. Tomó parte en la propaganda revolucionaria, y en 1875, complicado en el proceso de *los cincuenta*, lo condenaron á deportación. Logró escapar de la Siberia, y capturado de nuevo había cumplido tres años de trabajos é iba ahora á cumplir su otra condena al país de los Yakoutes. Me hizo el efecto de un hombre enérgico, de una voluntad superior y reflexiva, capaz de resistir á todos los asuntos y á todas las situaciones, cualesquiera que fuesen las vicisitudes de la suerte.

Su vida respondía bien á lo que pensé de su carácter, pero las privaciones minaron su salud; cuando fué enviado á la Siberia Occidental cayó seriamente enfermo y murió en Kurgan en 1879, en el momento de entrar en Europa.

La mañana del 24 de Diciembre de 1885 llegamos por fin á Ust-Kara, una pequeña aldea donde se encuentra la prisión para criminales de derecho común y otra para el sexo femenino. Allí nos tuvimos que separar de nuestra compañera, á la que vi esa mañana por última vez de mi vida.

Tschuikov y yo fuimos aún quince *verstas* jun-

tos, hasta Nijnaya Kara, donde se encuentra la cárcel para los prisioneros de Estado. Esperamos hasta la mañana al director, que debía enviarnos á nuestro destino, y después, montados en una carreta y acompañados de dos centinelas, nos pusimos en marcha, otra vez con las cadenas, como exigía el reglamento.

Hacia un frío atroz, y á pesar del peso de los vestidos y de los hierros, preferíamos ir á pie á paso precipitado. Sabíamos que este era el último paseo y que durante muchos años no tendríamos otro que el del patio de la cárcel. Veíamos con dolor el porvenir que nos esperaba.

—He ahí la prisión—nos dijo uno de los soldados.

Y nos mostró un edificio rodeado de postes levantados unos al lado de los otros.

Distinguimos un grupo compuesto de dos mujeres, un cosaco y un hombre vestido con traje civil, que avanzaban hacia nosotros.

—¡Victor!—grité yo cuando se aproximaron, y reconocí al último.

Era Victor Kostyurin, mi antiguo amigo, al que no había visto en nueve años. Partía ahora para el destierro. Nos estrechábamos cordialmente las manos y nos presentó á las dos mujeres que le acompañaban: Natalia Armfeld y Raissa Prybylyeva, que vivían *en residencia* en Kara. Mr. Kennan ha descrito en su libro las aventuras de Natalia; séame permitido añadir sólo que en 1879 se encontraba con María Kowalewskaja en la casa donde los revolucionarios se opusieron á su arresto con las armas en la mano, y que á causa de la sentencia cumplió catorce años y diez meses de servidumbre penal.

En cuanto á Raissa, pertenecía á la asocia-

ción de la «Narodnaja Volja», y en 1883 fué condenada á cuatro años.

Aunque teníamos mil cosas que decirnos, no se podía contar con la aquiescencia de los guardias, que baltan los dientes al aire libre, y tuvimos que separarnos al cabo de poco tiempo.

—Un francés—pensaba yo—hallaría la manera de declamar. ¡Dos amigos se encuentran en la puerta de una prisión, el uno recobra la libertad, el otro estará largos años detrás de los espesos muros! ¡Qué escena tan dramática!

Otro apretón de manos y todo había terminado.

—¿Nos volveremos á ver más?—pregunté yo.

—¡Oh! ¡Seguramente en Petersburgo, el día del triunfo de la Revolución social!—gritó una de las señoras.

Esta esperanza era desgraciadamente infundada. Natalia murió en Kara en 1887; Raissa se casó con el desterrado Tiutchev y ya ha muerto también. Sólo Kostyurin vive todavía en Tobolsk, pero nuestros caminos no se han cruzado más en la vida.

*
* *

Se nos condujo al cuerpo de guardia vecino á la prisión. Un centinela avisó en seguida nuestra llegada y vimos aparecer, rodeado de varios gendarmes, al gobernador de la prisión, Bolschakoff, oficial de cosacos, que nuestros compañeros nos habían pintado como un hombre bueno y humanitario.

Se nos pasó rápidamente revista, así como á nuestros efectos, dejándonos sólo la ropa que llevábamos puesta y transportando al depósito el

resto de nuestros equipajes, hasta que el comandante Nikolin decidiera si debíamos conservarlos ó no.

—No hay necesidad de que tengan las cadenas puestas—nos declaró el mariscal Colubroff;—esta formalidad es aquí inútil.

La noche llegó antes de que estuviéramos listos, y nos confiaron al cuidado de los gendarmes.

Veintidós meses habían transcurrido desde mi arresto en Friburgo; había conocido doscientas prisiones y recorrido unas doce mil *verstas*.

—¡A la guardia!—grita nuestra escolta.

Una cerradura rechina, una puerta se abre y nos franquea la entrada de la prisión.

CAPÍTULO XXII

Los primeros días de prisión en Kara.—Viejos y nuevos conocimientos

Nos introdujeron en un largo corredor apenas iluminado. En la puerta de entrada, cerca de una gran caja, había un hombre en traje de prisionero.

—Buenas tardes, Martinowki.

Aunque no lo había visto jamás, sabía, por los compañeros encontrados en el camino, que velaba desde por la mañana hasta la noche cerca de esta caja de las provisiones de los prisioneros políticos.

Parecía sorprendido de oírse así llamar por su nombre, pero cuando nosotros le hubimos dicho los nuestros, la sonrisa esclareció su rostro y nos estrechó cordialmente la mano. El gendarme puso término á la efusión, gritando:

—Deutsch, celda número dos; Tschnikov, número cuatro.

Una puerta se abrió y entré en una vasta pieza en medio de la cual había una mesa rodeada de bancos, varios lechos de campaña para dos personas; una chimenea esparcía su calor y tres largas ventanas dejaban penetrar la luz. Los nuevos camaradas me saludaron; eran catorce, dos de entre ellos antiguos conocidos.

La primera cuestión se redujo á encontrar un sitio para mí. Se decidió que partiría el lecho de campaña con Sundelewitch. Supe después que me había hecho un gran sacrificio separándose de su mejor amigo.

En una estancia donde muchos hombres están siempre juntos, el solo medio para cambiar dos amigos pensamientos íntimos es dormir uno al lado del otro, sobre el mismo lecho; no supe hasta más tarde apreciar las ventajas de tal vecindad.

Cuando llegamos, la comida de la tarde había terminado y me tuve que contentar con una taza de té, un terrón de azúcar y un pedazo de pan negro.

Me acosaron á preguntas sobre los motivos que me habían reducido á prisión, sobre mi vida y sobre todo lo que pasaba en Rusia. Todo eran bromas, risas, conversaciones sin fin. Tenía la impresión de encontrarme en familia después de una larga ausencia. El tiempo transcurrió rápido y era ya muy tarde cuando me acosté.

Mi viaje desde Moscou había durado seis meses; estaba extenuado; así fué para mí un verdadero solaz caer en un sitio de donde no saldría en tantos años.

Me regocijaba de antemano con la idea de encontrar en Kara á mi viejo amigo Jacobo Stefanowitch. No nos habíamos visto en cuatro años. Nos despedimos en Suiza, cuando él volvía á Rusia. Desde el comienzo de Febrero de 1882 estaba preso, complicado en el proceso de los *diez y siete*. Había llegado á Kara dos años antes que yo. Esperaba con impaciencia la mañana para llamar al gendarme por la rejilla y que me llevara á saludarle á su celda, número 1, pues durante el día

les está permitido á los prisioneros políticos hacerse visitas de unas celdas á otras. Había sido preciso luchar mucho para obtener esta gracia, cuando las celdas de los prisioneros de derecho común están siempre abiertas de día.

Había también diez y seis detenidos en la habitación de Stefanowitch. Saludé á los camaradas, conversé con mi amigo é hice la *tournee* por las otras celdas.

La aparición de nuevos detenidos es, naturalmente, un gran acontecimiento en la prisión. Se esperan de antemano, porque á pesar de todas las precauciones, los ecos de fuera atraviesan los muros.

Se me esperaba con gran impaciencia; los recién venidos rompen por algunos días la vida monótona de la cárcel; se saben por ellos novedades, y sobre todo detalles del movimiento revolucionario ruso.

Les contaba cuanto yo sabía y aprovechaba la ocasión de conocer sus ideas con vivo interés. Recuerdo una discusión que sostuve un día con un antiguo conocido, Volochenko. Este era un espíritu penetrante, aficionado á la discusión, y que pasaba por un original.

En 1879 había sido condenado por el tribunal de Kiew á diez años de servidumbre penal; á causa de una tentativa de evasión, once años se aumentaron á los anteriores.

Cuando le hablé de la nueva corriente que se manifestaba en el movimiento revolucionario ruso y le cité el grupo socialista que se había formado recientemente con el nombre de «Liga de emancipación de trabajo», y cuando le dije que yo mismo pertenecía á la «Democracia Social», y por consiguiente deseaba propagar en la Rusia las

ideas de Karl Marx, Volochenko pareció admirado en grado altísimo.

—¡La Democracia social en Rusia!... ¿Qué clase de gentes son esas?

—Delante las tiene usted.

Los rostros de Volochenko y sus camaradas expresaban tan grande sorpresa como si vieran á un discípulo de Mahoma.

En efecto, las ideas de Karl Marx eran poco conocidas en Rusia. Acababa de publicarse la traducción de *El Capital*: las gentes instruidas conocían el inmenso servicio que prestaba á la ciencia económica, pero en Kara no había llegado aún y no sabían nada de las bases en que apoyaba sus ideas de socialismo. Se iba más lejos y se llegaba hasta á rechazarlas en parte, por la influencia de Eugenio Duhring, en parte por la del publicista N. Michailowski, y en parte porque se temía, como una tradición de *sentido común*, que la teoría de Karl Marx era absolutamente inaplicable en Rusia. Està fué la opinión de Volochenko, que no conocía sus escritos.

Yo podía darles algo más que mi opinión sobre este asunto. A pesar de los mil registros, había podido hacer pasar de contrabando hasta la prisión algunos escritos prohibidos, entre ellos el primero que nuestro grupo había publicado con el título de *El Socialismo y la lucha política*, de Plechanov. Como los compañeros no habían tenido en mucho tiempo ocasión de leer libros prohibidos en Rusia, la cosa hizo sensación y se arrojaron con avidez hacia este pasto tan nuevo para ellos.

Tenía curiosidad de saber cómo acogería este problema Sundelewitch, porque en los primeros tiempos se había contado por un demócrata, ó al

menos proclamaba bien alto que las prácticas de la *Sozial Demokratie* estaban en todo conformes con las aspiraciones de la Alemania.

Nos habíamos conocido en 1878. Era él el encargado de introducir en Rusia los libros prohibidos para el grupo «Tierra y Libertad», y nos ayudó á pasar la frontera á Stefanowitch y á mí cuando nos evadimos de Kiew.

Teníamos en esta época acaloradas discusiones á propósito de los medios que debían emplearse para sostener la lucha en Rusia. Yo era entonces un adversario resuelto de la «Democracia Social»; en mi cualidad de terrorista, consideraba como inútiles ó perjudiciales sus procedimientos pacíficos y sostenía que no eran aplicables á la Rusia. Sundelewitch, al contrario, pretendía que era inútil *ir al pueblo* y que la agitación de las clases obreras no daría ningún resultado. Yo le hablaba de que para conquistar en Rusia la libertad política todos los medios eran buenos, pero no se convencía.

Después se afilió al partido terrorista en 1879 y trabajaba activamente en preparar atentados, diciendo que era el solo medio de conseguir la reforma política. Su partido le debía mucho, porque era incomparable en su entusiasmo y conocía todos los medios de ejecución práctica. Fué arrestado en Petersburgo en la Biblioteca pública en el curso del otoño de 1879 y complicado en el *proceso de los diez y seis*, á causa del cual dos compañeros fueron condenados á muerte y á él le impusieron la pena de trabajos forzados á perpetuidad.

No esperaba encontrar en Sundelewitch un partidario de mis ideas socialistas, y esto me causaba gran turbación. Cuando hablábamos durante

las largas noches sobre el lecho de campaña, nos ocupábamos de nuestros amigos comunes que estaban en libertad luchando por el triunfo de nuestras ideas, de los vencidos en la lucha, que gemían en los calabozos ó encontraron la muerte como héroes; pero temía llegar á las discusiones teóricas, porque sentía que en ese terreno no podríamos entendernos. Por desgracia lo había adivinado. No participaba de mis ideas; como algunos otros, era adversario de la doctrina marxista. Llegaba hasta decir que las lecciones teóricas de *El Capital* eran absolutamente inaplicables en la realidad. No tenía ocasión de hablar de esto con mi amigo Stefanowitch, porque no estaba en la misma celda, y además mis ideas eran para él también absolutamente extrañas é incomprensibles.

Cuatro años antes, en la época de nuestra separación, estábamos de acuerdo. El había quedado exactamente como en aquella época, mitad agitador, mitad terrorista. Yo había abrazado las ideas nuevas y fundado con otros camaradas la «Liga de Emancipación del Trabajo».

Stefanowitch escuchaba hablar de esto por la primera vez y no sabía lo que significaba, pero como era de espíritu pensador y reflexivo, comprendía muy bien la importancia de esta tendencia nueva. Era claro para él que había allí todo un programa que aplicar á la Rusia. En cuanto al resultado práctico de este programa, estaba lleno de luchas, pero no le mostraba la hostilidad que le atestiguaron luego muchos revolucionarios.

*
* *

La vida en común nos indujo á servirnos de

un *argot* especial. Cada habitación tenía su nombre: la primera se llamaba el *Synedryon*, la segunda *Cámara de los Nobles*, la tercera *Cámara de los Yacoutes* y la cuarta *la Ciudad*. Estos nombres eran ya tan antiguos, que se había olvidado la razón de por qué se daban.

La Cámara de los Nobles, á la que yo pertenecía, encerraba algunas personas muy simpáticas, jóvenes, inteligentes, bien educadas, llenas de vida y fuerza. Cada uno de ellos presentaba en su género un tipo diferente; algunos eran hombres notables.

Entre los últimos citaré el primero á Nicolás Yatzewitch, hijo de un sacerdote griego del gobierno de Poltawa. Tenía diez y siete años y era estudiante de la escuela de veterinaria de Karkow. Fué arrestado por haber ayudado en la evasión á Alexis Medwedjeff y lo condenaron á quince años. Se había escapado de la prisión de Irkoutsk, pero después lo condenaron á un suplemento de catorce años. Tenía apenas diez y nueve años cuando ingresó en Kara.

Había conquistado todos los corazones con su noble carácter. Modesto hasta la timidez, silencioso y replegado en sí mismo, ejercía sobre los otros compañeros una influencia mágica. Su deseo de saber era ilimitado; con un celo heroico estudiaba constantemente en la prisión y tenía profundos conocimientos en ciencias naturales, filosofía y literatura; poseía algunas lenguas extranjeras, y como no descuidaba los ejercicios físicos, lograba á la vez fuerza plena, agilidad y destreza.

En la cárcel era amigo de todos los camaradas sin excepción, lleno de bondad para todos y siempre pronto á venir en su ayuda. No era raro que se conquistase la confianza y que reconocieran su

superioridad á pesar de su juventud. Cuando yo le he conocido no tenía aún veinticinco años.

Por tendencia era metafísico, de un eclecticismo muy independiente. Participaba de las ideas de Duhring y de los *neo-kantens*. En materia económica era partidario de Carey, Bastiat y otros teóricos burgueses, y naturalmente era un adversario de la doctrina de Karl Marx.

De un temperamento muy diferente eran los dos amigos íntimos Martinowski y Starinkewitch, que se llamaban comunmente *los dos pequeños iwans*, aunque uno de ellos sólo llevaba este nombre. Starinkewitch era también el niño querido de sus camaradas, pero de un carácter muy distinto del de Yatzewitch. Era de los que rien de cualquier cosa, siempre de buen humor y de espíritu centelleante. Sus palabras y sus acciones nos arrancaban grandes carcajadas; su voz clara dominaba á todas las otras. Era instruído, pero menos aplicado que su amigo. Poseía una de esas inteligencias felices que lo cogen todo al vuelo, que se lo asimilan y saben hacerlo brillar con mil asuntos diferentes, pero en los que nada llega jamás al fondo. Sus maneras eran casi las de una niña: dulce, confiado y cariñoso por naturaleza, mas apasionado, en ocasiones, hasta la violencia.

Había nacido en Moscou, y apenas salió de la Universidad, en 1881, cuando le condenaron á veinte años de prisión por el solo crimen de haberse negado á denunciar la persona de quien había recibido una proclama encontrada en sus manos. Por sus tendencias políticas era un partidario entusiasta de la «Narodnaja Volja».

Se decía ordinariamente que los dos amigos no debían comprenderse mucho con caracteres tan opuestos: mientras que Starinkewitch era ale-

gre y abierto, Martinowski, por el contrario, era serio y tranquilo, casi moroso. Se le veía rara vez sonreír, y yo no recuerdo haberle visto reír nunca. Creo que jamás ha cedido ni hecho la menor concesión, pero sabía imponer su voluntad á los otros. Me hacía el efecto de un hombre de una gran fuerza de carácter, dueño de sí y un poco autoritario. Era sin duda un hombre bien dotado, con afición á los estudios y sentido esencialmente práctico. Profundizaba los problemas y fué uno de los primeros que en la prisión se dedicaron al estudio del *marxismo*. Era también de Moscou, había sido arrestado á los veinte años y condenado en el mismo proceso que Sundelewitch, Kwiatkowski y algunos otros, á quince años de trabajos; una tentativa de evasión elevó la pena á veintiún años.

A mi llegada á Kara él era el administrador de los prisioneros, lo que prueba la confianza que sus compañeros le otorgaban. Era, desde todos puntos de vista, un defensor enérgico de nuestros intereses. Si este hombre hubiera vivido en otras circunstancias políticas y en un campo de acción digno de él, hubiera podido jugar un papel considerable en la vida pública.

Otra persona notable se encontraba en la prisión, el estudiante Mirski, por un atentado contra el general Drenteln. El 25 de Diciembre de 1879 se paseaba dicho general en carretela por las calles de Petersburgo; poco tiempo antes había sido nombrado jefe de gendarmería y director de la famosa 5.^a sección, como sucesor del general Mezentzeff. Los revolucionarios lo habían condenado á muerte. De pronto un jinete se acerca al estribo, hace signo al cochero de detenerse y dispara varios tiros de revólver al través de los vidrios. Los

disparos no hicieron blanco; el general grita al cochero que siga al jinete, y empieza entonces una carrera endiablada. El público no comprendía de qué se trataba y miraba lleno de sorpresa la extraña persecución del coche del general á un elegante caballero. El cochero acosaba de cerca al estudiante y más de una vez estuvo á punto de cogerlo. El fugitivo ganó una calle lateral y desapareció un momento para ver al poco tiempo los caballos del general sobre sus talones. Se decide á emprender un galope serio, pero el caballo bota y le obliga á detenerse. No pierde por eso su presencia de espíritu; tranquilamente se dirige á un agente de policía y le dice:

—Amigo mío, tenga usted la bondad de guardarme este caballo hasta que envíe á mi cochero.

—Estoy á sus órdenes—respondió el honrado agente de orden público.

Y sujetó el caballo de la brida. El estudiante desapareció por la primer bocacalle y tomó un coche de plaza; parecía estar ya libre.

El general temblaba de coraje cuando vió el caballo en tan buenas manos. Toda la policía de la capital fué puesta en movimiento; se acabó por descubrir que el caballo pertenecía á un alquilador y el jinete era el estudiante Mirski, un individuo desde largo tiempo ya vigilado por los gendarmes. Se estaba sobre su pista, pero Mirski no estaba en Petersburgo, se había escapado hacia la Rusia del Sur. Habitaba en Taganrog, en casa de un oficial amigo y correligionario político, cuando el subteniente de artillería Tarchoff, otro oficial, tuvo sospechas á propósito del huésped de su camarada y lo denunció á la policía. La casa fué cercada y Mirski no pudo librarse de sus perseguidores. Disparó algunos tiros de revólver so-

bre la policía, tratando de romper el círculo, pero fué capturado. En Noviembre de 1880 compareció delante de un consejo de guerra, en compañía de Tarchoff, del poeta A. Olchin y algunas otras personas.

En esta época todos los complicados en complots nihilistas eran condenados á muerte. Todo el mundo estaba convencido de que Mirski, que había dirigido un atentado contra el jefe de gendarmería, sería ahorcado. Recuerdo que algún tiempo antes del proceso alguien que lo había visto en la prisión nos contaba que Mirski había formulado el deseo de que le enviaran un vestido negro y con bata blanca, porque quería comparecer así delante de los jueces.

Todos los camaradas quedamos sorprendidos de esta extraña petición: hasta entonces ningún revolucionario ruso se había preocupado del traje que llevaría ante el tribunal. Pero se cumplió el deseo de Mirski.

—Le daremos el gusto—decíamos—de brillar por última vez en público y de deslumbrar á la galería.

Los periódicos contaron, en efecto, que el principal acusado, Mirski, era todo un elegante caballero. Su defensa fué reproducida y admirada en numerosos periódicos extranjeros. Fué condenado á muerte, y se debía á una serie de circunstancias milagrosas que no se ejecutase su pena y le fuera conmutada por la de trabajos forzados á perpetuidad.

Si en aquella época el atentado contra Alejandro II en la estación de Alexandrowskaja no se retrasa por azar, ó si el proceso se demora cuarenta horas más, hasta el 19 de Noviembre, día en que el tren del zar saltó por el aire, no hubie-

ran indultado á Mirski. Escapado de la muerte, lo encerraron en la fortaleza de Pedro y Pablo, donde se encontraban peligrosos criminales de Estado, y cuatro años más tarde fué deportado á Kara, en donde lo encontré en la Cámara de los Nobles.

En lugar del hombre elegante y distinguido que me habían pintado en Mirski, encontré un hombre vulgar, de mediana estatura y de unos veintisiete años. No había cambiado exteriormente solo, no era ya el brillante muchacho que se precipitaba entre los coches, era de espíritu serio y reflexivo. Había meditado mucho sobre la Rusia y sobre el movimiento futuro del país. Las teorías de Marx le eran desconocidas, y sin embargo había llegado solo á las mismas conclusiones. Se mostraba escéptico respecto al proyecto de algunos revolucionarios rusos de llegar al colectivismo por la unión de bienes, idea demasiado patriarcal. No creía tampoco en la eficacia del terrorismo, porque las masas populares eran indiferentes ó apáticas, y me preguntaba, con el espíritu torturado, qué solución sería posible.

De todos los prisioneros de Kara, Mirski era el único que se aproximaba á mis ideas. Durante su permanencia en la Universidad estudió medicina, pero en la prisión se había dedicado por completo al estudio del derecho, y era un jurista consumado, muy superior á todos los que habíamos hecho un estudio especial de esta ciencia.

CAPÍTULO XXIII

La organización de nuestra vida en común.—Los sirios.

Apuesta

Encontré á mi llegada á Kara una organización sólidamente establecida para la vida en común. El principio fundamental era la igualdad de derechos y deberes. Todos los presos formaban, desde el punto de vista de la administración de sus intereses, una comunidad en la que todo el mundo estaba confundido, pero donde se tenían en cuenta los cuidados y aspiraciones individuales. Cada uno era libre de formar parte de la comunidad ó de vivir separado, pero las condiciones materiales eran las mismas para todos. El Estado daba para cada prisionero una cantidad determinada de víveres. Tres libras de pan al día, un tercio de carne y cierta cantidad de sal. Estaba además permitido que los prisioneros recibieran dinero de sus parientes y amigos para mejorar el régimen. Muy pocos tenían este auxilio, y todo dinero recibido se distribuía en común como los víveres del gobierno. Se repartía de la forma siguiente: un tercio servía para procurarse los extraordinarios, especialmente carne: en nuestro argot lo llamábamos «henchir la marmita común». Otra se destinaba á socorros á los camaradas